

# SAN JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCIÓN

Juan Pujana

- I -

## CONSAGRADOS A LA TRINIDAD

### PARA REDIMIR A CAUTIVOS Y POBRES

#### NOS HABLA NUESTRO SANTO PADRE REFORMADOR

1.- En El n.4 de nuestras Constituciones leemos la siguiente frase de nuestro Santo Reformador: «Entre todos los religiosos, nos aventajó Dios a hacernos vasos escogidos para que llevemos por el mundo este nombre admirable de la Santísima Trinidad»<sup>1</sup>. Por ello -añaden las CC- «los hermanos se entregan a la Trinidad con un título nuevo y especial». En efecto, según nuestro Santo, la Trinidad nos ha distinguido con una elección **especial** en vistas a cumplir en el mundo una misión **especial** de donde deriva la exigencia de una consagración-dedicación asimismo **especial** a la misma Trinidad Santa.

Siendo Dios «el que hace fundadores de religiones, quiso reservar para Sí la fundación y reforma de algunas, como es la de la nuestra, de quien por tantas razones y títulos es padre, patrón, señor y fundador la Santísima Trinidad»<sup>2</sup>. A modo de excepción, Dios nos ha hecho depositarios de su propio nombre, a saber, «el título y nombre de la Santísima Trinidad de redención de cautivos»<sup>3</sup>. Y nos ha confiado el anuncio y la propagación de ese «nombre admirable»<sup>4</sup>. Y nos ha convocado para asociarnos estrechamente a su misión redentora: redimir cautivos y servir a los pobres, obra del «agrado de todas tres divinas Personas»<sup>5</sup>. Por tanto, «no es de burla llamarnos frailes de la Santísima Trinidad, sino de veras»<sup>6</sup>.

Dios Trinidad quiere «satisfacer al mundo de que ésta es religión suya» y de que «como valeroso capitán, la ampara y, como padre y señor, la regala»<sup>7</sup>. Por el nombre deseamos manifestar, en concreto, que somos propiedad exclusiva de la Trinidad; que nuestra Orden es «casa, asiento y morada» de la Trinidad<sup>8</sup>; que la Trinidad «quiere campear» en ella<sup>9</sup>, «regirla y gobernarla», distinguiéndonos con una presencia y asistencia singulares<sup>10</sup>. De ahí que nos pida hacer de cada una de nuestras comunidades una epifanía y un foco de irradiación del Agape trinitario.

Al igual que San Pablo fue constituido por Cristo «vaso de elección para que llevase su nombre a los gentiles» (Hch. 9,15), esto es, para testimoniar y predicar a Cristo, nosotros hemos sido elegidos por la Trinidad «para llevar su nombre», es decir, para anunciar y testimoniar en el

---

<sup>1</sup> *La regla de la Orden de la Santísima Trinidad*, 1, 1.

<sup>2</sup> *Apuntes sueltos en torno a la reforma*, 18, 2.

<sup>3</sup> *La regla de la Orden de la Santísima Trinidad*, 20, 4.

<sup>4</sup> Cf. *Ibid.*, 1, 1.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 7, 2.

<sup>6</sup> *Asistencia de Dios a la descalcez trinitaria*, 2, 4.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 5,4.

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> *Memoria de los orígenes de la descalcez trinitaria*, 46, 3.

<sup>10</sup> Cf. *Respuesta a seis dificultades sobre la Reforma*, 3, 4.

mundo su Amor y su plan de salvación. Como Pablo fue testigo y apóstol de Cristo (cf. Hch. 22,12.15; Gál. 1,16), el trinitario debe ser testigo y apóstol de la Trinidad.

Dios Trinidad es el «tipo y dechado»<sup>11</sup> de nuestra vida y la fuente de la caridad redentora-misericordiosa que nos anima en todo nuestro quehacer. Por consiguiente, realizaremos nuestra vocación-misión en la medida en que participemos del amor trinitario, viviendo continuamente en la presencia y en la íntima comunión de las divinas Personas. «Miren, mis hermanos, no se espanten que yo con tantas veras pida esto y lo repita, sin decir otras delicadezas, porque aquí está nuestro bien y sin esta presencia no valemos nada»<sup>12</sup>.

**2.-** La Trinidad nos sumerge en la caridad. Tenemos una Regla «llena de grande caridad»<sup>13</sup>. El «Espíritu divino que la enseñó, enseñó en ella caridad, tantas veces en ella repetida y enseñada, que es en quien se encierra todo el cumplimiento de la ley y la que pare obras perfectísimas y acabadas para pobres y cautivos»<sup>14</sup>.

El Reformador subraya una doble exigencia de la caridad en nuestra vida: la caridad fraterna en nuestras comunidades y la caridad encarnada en el servicio a los pobres. Ambos aspectos son indivisibles, como bien se observa en la Regla: no puedo pretender amar a los pobres sin amar con la misma fuerza a mis hermanos de casa. De ahí el empeño del Santo en inculcarnos algunos postulados de la Regla: trato de hermanos, igualdad, espíritu de diálogo, corrección evangélica, solicitud por los hermanos enfermos.

Lo que constituye a la Orden como tal se cifra en ser toda ella «de la Santísima Trinidad» para «redención de cautivos y remedio de pobres»<sup>15</sup>. «¡Qué mayor riqueza que tener por propios cautivos y pobres!»<sup>16</sup>. Nuestra Orden, «teniendo por su esposo al mismo Dios y a toda la Santísima Trinidad, tiene por su hermano al pobre. Y así será religión llena y honrada y favorecida, porque tiene a Dios por esposo y marido y tiene a los pobres por hermanos»<sup>17</sup>. La fraternidad trinitaria, sin los cautivos y los pobres, no sólo queda gravemente mutilada, sino que incluso pierde su razón de ser.

«¡Oh santo Dios mío!, ámete yo mucho y quiera mucho a tus pobres, que, aunque yo no merezco entrar en tal compañía, tú, que eres misericordioso y gustas que tus obras sean perfectas y acabadas, gustarás de que entre porque sea trinidad: Dios, el pobre de bienes temporales y yo, pobre de los espirituales, para que, siendo trinidad perfecta, que consiste en unidad de esencia y trinidad de personas, siendo tú, Señor, el pobre y yo tres personas, haciéndonos tú una misma cosa, seamos unos con una unidad y unión perfecta como tú la obras en la almas que tú amas y quieres»<sup>18</sup>.

**3.-** Actitudes indispensables para vivir inmersos en la Trinidad-caridad: oración, pobreza, humildad, espíritu de sacrificio.

**Oración.** La oración -la litúrgica, sobre todo, y, en primer lugar, la eucaristía- es la puerta principal de acceso a la comunión trinitaria y un modo privilegiado de cooperación en la obra redentora de Cristo. La caridad, que es don y participación de Dios «se dilata y crece» en la

---

<sup>11</sup> *Memoria de los orígenes de la descalcez trinitaria*, 46, 1.

<sup>12</sup> *La continua presencia de Dios*, 17.

<sup>13</sup> *La regla de la Orden de la Santísima Trinidad*, 2, 2.

<sup>14</sup> *De los hermanos estudiantes*, 1, 4.

<sup>15</sup> *Memoria de los orígenes de la descalcez trinitaria*, 30, 4.

<sup>16</sup> *La regla de la Orden de la Santísima Trinidad*, 20, 2.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 19, 3.

<sup>18</sup> *Ibid.*, 19, 4.

oración<sup>19</sup>. El sentido de nuestra consagración-misión, la credibilidad de nuestro testimonio, la eficacia de nuestro apostolado dependen en línea directa de nuestra vida de oración.

Ahora bien, «en la escuela y en los libros enseñase a hablar; en la oración, a obrar»<sup>20</sup>. «Si en la oración, sólo nos quedásemos sin acudir a nuestro instituto (= apostolado específico) quedaríamos con sólo el ensayo y la preparación»<sup>21</sup>. Por otra parte, «la oración que sale de la obra de las aflicciones y trabajos que un alma padece empleándose y ofreciéndose en sacrificio por el bien de sus hermanos, ésa es la que dura, y de ordinario dura cuanto dura el fuego y el quemarse y abrasarse en caridad y amor por sus hermanos»<sup>22</sup>.

«Por haber Cristo puéstose en la cruz a ser salud y salvador de los hombres, ella (la Orden) ha cogido de aquella salud y la quiere dar y repartir a los pobres y salvar y librar a los cautivos»<sup>23</sup>. Por eso la oración es «madre y maestra del remedio de las necesidades de los pobres»<sup>24</sup>. En la oración el trinitario: recibe para repartir al pobre; se humilla y enternece rebajándose así hasta la condición del pobre; se hace más sensible a «los clamores del pobre»; aprende a amar al pobre con el mismo amor de Dios e identificándolo con Cristo paciente; «engendra y mete en sus entrañas al pobre» con el fin de amarle y servirle después como a su propio hijo, como a su propia persona. En su entrega al pobre «nada le ha de cansar, porque la oración es la que le ha de haber dado fuerzas para todo y amor y caridad para todo»<sup>25</sup>.

**Pobreza.** La pobreza, como postulado del seguimiento de Cristo y como nota destacada de nuestra misión peculiar.

«Por Cristo nos hicimos pobres»<sup>26</sup>. Nuestra Regla exige «estrecha pobreza»<sup>27</sup>, relacionándola sobre todo con el apostolado redentor-misericordioso. «Dice nuestra Regla que partamos lo que nos dieran con los pobres y los cautivos» y «no sólo quiere que demos de las sobras, sino de lo necesario quiere que quitemos a nuestros cuerpos y nos pasemos con menos, a trueco de que los prójimos extraños tengan algo para su remedio»<sup>28</sup>.

Los oficios de redimir cautivos y servir a los pobres sólo se pueden «encomendar a los verdaderos pobres de Jesucristo, porque mal redimiría el que tiene deseo de se enriquecer a sí propio y mal gastaría dineros con pobres quien, por mucho que tuviese, no podría sanar la pequeña llaga que tuviese de codicia»<sup>29</sup>. La dedicación a los pobres y cautivos comporta la solidaridad participativa con su estado de sufrimiento e indigencia. «Es necesario el hambre y ayuno para el que trata con el pobre, porque mi hambre me despierte y sirva de aguijón para remediar la del pobre»<sup>30</sup>.

**Humildad.** Junto con ser uno de los fundamentos de la espiritualidad cristiana, es también nota característica de la Regla trinitaria. Necesitamos humildad para vivir en comunión con la Trinidad y con el pobre. Necesitamos humildad para vivir como hermanos en nuestras comunidades.

---

<sup>19</sup> *Cinco cuestiones sobre la Reforma*, en *Obras completas*, II, 1031.

<sup>20</sup> *Apuntes sueltos en torno a la reforma*, 24, 5.

<sup>21</sup> *Memoria de los orígenes de la descalcez trinitaria*, 30, 4.

<sup>22</sup> *Cinco cuestiones sobre la Reforma*, en *Obras completas*, II, 1000

<sup>23</sup> *La regla de la Orden de la Santísima Trinidad*, 20, 1.

<sup>24</sup> *Ibid.*, 16, 5.

<sup>25</sup> Cf. *Ibid.*, 16, 5.

<sup>26</sup> *Cinco cuestiones sobre la Reforma*, en *Obras completas*, II, 1089.

<sup>27</sup> *La regla de la Orden de la Santísima Trinidad*, 6, 5.

<sup>28</sup> *Ibid.*, 14, 2.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 7, 2.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 17, 3.

Al corazón de Dios sólo tiene acceso el humilde. «Quien todo lo dejó por el mismo Dios, bien es que el mismo Dios, que es todo, todo sea del humilde. Dios, por quien es, nos dé el conocimiento de esta virtud, el procurarla, el tenerla»<sup>31</sup>. Sobre la humildad «se asientan y toman firme fundamento todas las demás virtudes; y donde ella no vive, las demás no habitan; y donde ella se deshace, las demás se destruyen»<sup>32</sup>. La humildad es hermana inseparable de la caridad (Cf. I Cor. 14, 4-7). El trinitario vivirá empapado de caridad si se cimenta profundamente en la humildad<sup>33</sup>. Por eso «a nuestra sagrada religión Dios la quiere muy humilde»<sup>34</sup>.

**Espíritu de sacrificio.** La cruz, la negación propia, la mortificación de las pasiones son, como sabemos, rasgos esenciales en el discípulo de Cristo. Su incidencia se acentúa aún más en el itinerario de la vida religiosa, como lo recuerda a menudo el Santo Reformador. Nos exhorta, en particular, al desasimiento de las criaturas, a la mortificación del apetito de honra y parecer, al vaciamiento interior, como requisito necesario de nuestra relación comunal con la Trinidad. También nos dice que la mortificación exterior ha de ser fruto y manifestación de la interior.

La Regla nos prescribe una vida jalonada de privaciones, pero el amor de Dios y de los pobres nos la hace llevadera y hasta agradable. Por otra parte, «para ser agradables a los ojos de Dios, los trabajos que el hombre padece han de ser padecidos y sufridos por su amor. [...] Y cruz compuesta de trabajos y caridad es cruz celestial»<sup>35</sup>.

Contra lo que algunos pudieran pensar, nuestro Santo evidencia la necesidad de dosificar las penitencias exteriores con el fin de que alcance su verdadero objetivo: posibilitarnos la libertad interior, que nos permita configurarnos con Cristo y darnos sin egoísmos a los demás. Aparte de que la Regla «no consentirá de que ningún religioso padezca más de lo que puede llevar, según el cielo le ha dado las fuerzas»<sup>36</sup>.

**4.- Todo con María, nuestra Señora y Madre.** Consciente de que una orden religiosa no puede florecer en frutos de fidelidad sin la asistencia maternal de la Santísima Virgen, el Santo Reformador quiere que los trinitarios nos sintamos y nos comportemos como «hijos muy particulares» de María<sup>37</sup>. Al comienzo, en Valdepeñas, -refiere- «en un capítulo les persuadí a todos fuesen devotísimos de la Madre de Dios». El *placet* fue unánime e «hicimos voto de ser devotos de la Madre de Dios»<sup>38</sup>. De sí afirma que, «no tenía sólo el escapulario, sino todo el hábito, de pies a cabeza por esta soberana Señora, que sabe tan bien interceder por pobres y pecadores»<sup>39</sup>.

Nos la presenta como modelo incomparable de obediencia, fidelidad a la vocación, virginidad, recogimiento interior, pobreza de espíritu, humildad, amor a la cruz. La invoca como «Señora, Abogada y Patrona» de la Orden<sup>40</sup> y nos invita a considerar, cual signo evidente de su protección, que «siempre que Dios ha hecho alguna obra de esta sagrada Religión, ha sido en día y fiesta señalada de la Madre de Dios»<sup>41</sup>. Recomienda al profesando esta hermosa oración:

*«¡ Oh Reina de los Angeles, bendita Señora! Y como vos de aquí adelante habéis de ser también mi patrona, señora y madre, cierto que ya no tengo de tener temor ni miedo de hablar*

---

<sup>31</sup> *Tratado de la humildad*, 14, 7.

<sup>32</sup> *Ibid.*, 15, 1.

<sup>33</sup> Cf. *La regla de la Orden de la Santísima Trinidad*, 11, 2.

<sup>34</sup> *Memoria de los orígenes de la descalcez trinitaria*, 48, 5.

<sup>35</sup> *La regla de la Orden de la Santísima Trinidad*, 6, 5.

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> Cf. , *Memoria de los orígenes de la descalcez trinitaria*, 6, 5.

<sup>38</sup> Cf. *Ibid.*, 10, 5-6.

<sup>39</sup> *Ibid.*, 6, 5.

<sup>40</sup> *Ibid.*

<sup>41</sup> *Ibid.*, 32, 5.

*con vos y pediros acudáis a mis necesidades, pues soy ya siervo y esclavo y de la Santísima Trinidad, de quien vos sois esposa, madre del Hijo y sagrario divino del Espíritu Santo. Con tal señora y abogada, contentísimo debo estar y muy confiado que las suertes que me faltan, de aquí a que yo goce de este bien en el cielo, me han de salir ciertas y a mi favor. ¡Ojalá jamás fuese yo ya flaco, tibio ni flojo, pues tantas son más las obligaciones que me corren!. En ti, Dios mío, espero. En vos Virgen benditísima, confío»<sup>42</sup>.*

-----

## - II -

### EL RETO DE LA SANTIDAD

#### NUESTRO PADRE S. JUAN BTA. DE LA CONCEPCION

1.- La vida de nuestro Santo Reformador es un ejemplo elocuente de que "el santo no nace tal, sino se hace" y de que la entraña de la santidad radica en la gozosa fidelidad al Espíritu Santo, dejándose llevar por la fuerza de su Amor.

Nace el 10 de julio de 1561 en el seno de una familia hondamente cristiana. La piedad religiosa y los sentimientos de solidaridad con los más necesitados, que impregnan la vida de sus padres, Marcos e Isabel, hacen presa en su corazón desde los más tiernos años. El clima religioso imperante en la sociedad facilita su apertura al sentido cristiano de la existencia. Luego, su fe se va consolidando con el recurso frecuente al Señor de la Eucaristía (santa misa, visitas) y a la Madre del creyente (rosario), así como el ejercicio asiduo de dos prácticas evangélicas esenciales -piedra de toque de una religiosidad auténtica-: la mortificación de los sentidos y el servicio a los pobres. La hagiografía popular le impulsa a imitar a los santos en sus penitencias, obras de caridad, devoción mariana...

2.- Estas disposiciones de ánimo y el trato familiar con los carmelitas descalzos suscitan en él la primera inclinación vocacional: solicita el ingreso en el Carmelo Reformado. Más no se cumplen sus deseos, aun contando con la aprobación de la familia y la aceptación de la comunidad. Ni el propio interesado sabrá explicarlo, limitándose a invocar los soberanos y secretos designios de Dios.

A los 19 años viste en Toledo el hábito trinitario. Es de notar la experiencia marcante del noviciado, durante el cual convive con religiosos de santa vida y ardiente amor a la Orden, como, por ejemplo, Simón de Rojas y los futuros mártires Bernardo Monroy y Juan Palacios. Tiene por maestro al P. Alonso Rieros, «bien señalado en penitencia y santidad en toda la Orden de los padres calzados»<sup>43</sup>, quien le trasmite su pasión por el Redentor, y por la Regla primitiva. Nos exhortaba –recuerda– a «que jamás perdiésemos de nuestra presencia y vida interior a Cristo crucificado y azotado y coronado de espinas»<sup>44</sup>. Con tal comunidad y tal maestro vive intensamente su iniciación a la vida religioso-trinitaria. Comprende entonces que la cruz de Cristo es el crisol de la verdadera santidad y que el trinitario está llamado a ser «otro Cristo crucificado»<sup>45</sup>. Su consagración a la Santísima Trinidad con la profesión religiosa (29 de junio de 1581) es la opción de un joven enamorado de la persona de Jesús.

---

<sup>42</sup> *De los oficios más comunes de la religión de Descalzos de la Santísima Trinidad*, 53, 1.

<sup>43</sup> *Memoria de los orígenes de la descalcez trinitaria*, 4, 3.

<sup>44</sup> *Cinco cuestiones sobre la Reforma*, diál. 2, en *Obras completas II*, 863.

<sup>45</sup> *Exhortaciones a la persevefrancia*, 6, 10.

**3.-** Se acopla perfectamente, durante 16 años, al estilo de vida de la Orden aún no reformada. Una vez ordenado sacerdote, por los conventos se le conoce como el "teólogo" y los superiores le nombran en etapas sucesivas predicador oficial de las casas de la Guardia (Toledo), Membrilla (Ciudad Real) y Sevilla. Su celo apostólico se sobrepone a una salud enfermiza que arrastra desde la adolescencia. Se siente a gusto en el ejercicio, próspero y bien correspondido, de su carisma (la predicación) y con un tenor de vida llevadero para sus mermadas fuerzas. Esa es –piensa– la plataforma que Dios le ha asignado para su santificación.

Más tarde, en la óptica de su conciencia de reformado (1604) descubrirá que ese período no estuvo exento de sombra ya que se dejó influenciar por «la tiranía de los cumplimientos del mundo»<sup>46</sup>. «Yo estaba tan pegado a las cosas de la tierra, honrillas, regalos, que tenía muchos en aquella ciudad (Sevilla), que no tuve fortaleza para despegarme de eso»<sup>47</sup>. Abusaba un poco, como lo hiciera Santa Teresa en el monasterio de la Encarnación, de las «visitas de entretenimiento» de y a los seglares, en las que de ordinario se hablaba de «lo que había predicado, alabando los buenos conceptos, gustando de ello y de que me los alabasen dando algunas puntadillas de los otros (predicadores)»<sup>48</sup>. Entre esas sombras incluye asimismo algunas flaquezas naturales debidas a su temperamento *colérico*: reacciones bruscas y palabras de impaciencia, juicios severos con poca advertencia.

**4.-** Cuando en 1594 se introducen las casas de "recolectión", destinadas a una observancia más cumplida de la Regla primitiva, Juan Bautista aplaude la iniciativa, pero no se siente llamado a cambiar de vida. En Sevilla –donde, según escribe, «estaba tratando de mi vanidad»<sup>49</sup>– tantea sus fuerzas y excluye para sí el rigor de la Reforma. En enero de 1596, con ocasión de la fiesta de Santa Inés, patrona de la Orden, brota en su espíritu el primer deseo al respecto, «pero –admítelo– claramente lo resistí»<sup>50</sup>. También Jeremías y Jonás, y tras ellos una larga lista de profetas y santos, opusieron resistencia algún tiempo a la vocación divina. La lógica humana atrapada en el estrecho círculo de lo sensible y verificable, no deja lugar a la novedad imprevisible de los caminos de Dios.

Dios ha escogido a Juan Bautista para una misión totalmente impensada y se la hace ver de forma inequívoca para que la asuma con decisión. Un día en el que el joven predicador sale de Sevilla, se le manifiesta el querer intransferible de Dios bajo el signo de una tormenta impetuosa. Y es entonces cuando, así acorralado y urgido, como otro Saulo en el camino de Damasco, tiene que optar de una vez. Y se entrega: «Señor, me haré reformado en Valdepeñas». Y lo hace con plena conciencia y con todo su ser: «Pasó la tempestad y yo quedé recoleto con voto y con obligación y con deseo y voluntad»<sup>51</sup>.

Importante lección para nosotros. No obstante la sarta de caídas, retrocesos y incoherencias de que está transida nuestra andadura vocacional, estamos a tiempo para pronunciar nuestro *sí* de entrega radical a Cristo. Dios, en su amor infinito, nos busca y espera siempre, anhelando el momento en que acabemos de echarnos en sus brazos. A los ojos del Padre el retorno del hijo borra en un instante todo un pasado de autosuficiencia y descarrío. Ese instante de renovación profunda y de plenificación se nos brinda aquí y ahora a cada uno de nosotros.

**5.-** El *fiat* de Juan Bautista ha sido incondicional e irrevocable. Su vida marca desde ahora una trayectoria de inquebrantable fidelidad a Cristo. Llega a Valdepeñas (26 de febrero de 1596) «a ser descalzo de veras»<sup>52</sup>. Se despoja, en consecuencia, de todo lo suyo (fama, amistades, títulos) y se

---

<sup>46</sup> *Memoria de los orígenes de la descalcez trinitaria*, 4, 7.

<sup>47</sup> *Ibid.*, 6, 1.

<sup>48</sup> *Sobre los predicadores*, 1, 1.

<sup>49</sup> *Memoria de los orígenes de la descalcez trinitaria*, 7, 2.

<sup>50</sup> *Ibid.*, 6, 1.

<sup>51</sup> *Ibid.*, 6, 2.

<sup>52</sup> *Ibid.*, 6, 7.

encadena al Cristo desnudo de la cruz. Puede afirmar en adelante: «más quiero mi Religión y la honra de mi buen Dios que los tesoros del mundo»<sup>53</sup>.

Abraza en todo su radicalismo la Regla primitiva. Como Ministro de la casa, orienta sus desvelos al asentamiento de sólidas bases espirituales en la comunidad. Insiste en una vida de pobreza, humildad, penitencia, fraternidad. No se casa con la hipocresía de los recoletos 'emprestados': «aparecer pobres y reformados sin serlo en realidad, es prueba de mala conciencia»<sup>54</sup>. Ora: «¡Señor, ámate yo y sea pobre, tan pobre que sólo tenga un breviario!»<sup>55</sup>. Se estrecha al corazón maternal de la Virgen, sabedor de que con ella y únicamente con ella, le será posible recorrer el sendero de la fidelidad tras las huellas de su Hijo. «Escojo a esta Señora para en sus manos poner mi alma»<sup>56</sup>.

**6.-** La estancia en Roma (1598-1599), donde acude para obedecer a Dios antes que a los hombres (Cf. Hch.4, 19), termina de acrisolar su espíritu según los designios de Dios. Atraviesa la noche purgativa del alma, sumido en un mar de escrúpulos, sequedades y angustiosas soledades. Le acosan fortísimas tentaciones contra la fe y aterradoras representaciones de los propios pecados pasados. Abandonado por sus colaboradores y perseguido por los trinitarios calzados, tiene momentos de vacilación vocacional. Le salva su rendida sumisión a la voluntad de Dios: «Tú, Señor, ¿no sabes que deseo hacer sola tu santa voluntad, aunque me cuesten mil vidas?. Dame, Señor, luz; sepa yo tu santa voluntad. Nada se me da de cuantos trabajos hay en el mundo; sólo querría yo agradarte y no salir un punto de tu querer»<sup>57</sup>.

Supera la crisis con una nueva y definitiva opción radical. Le son mostradas, en una visión interior instantánea, los dos derroteros que parten de la encrucijada en que se encuentra: de quedarse en Roma con los Carmelitas, «una vida llena de descanso, honra y gloria... con grandes demostraciones exteriores de virtud y santidad»; de continuar con la tarea reformadora, «una vida larga de trabajos y padecimientos» Su elección es, una vez más, pronta y decidida: «Al punto y al instante me enamoré de la vida de los trabajos, la que acepté, la quise, la escogí, la abracé, la amé y la reverencié en nombre de Jesucristo»<sup>58</sup>. No duda en abandonar al «Dios muy azucarado y muy sensible» de la vida retirada por la «cruz tan desnuda» del servicio doloroso a los hermanos<sup>59</sup>. Y no se siente héroe por ello: «Claro es, Señor, que si yo te amo, que no tengo de querer en esta vida honra ni gloria, sino padecer por tu amor»<sup>60</sup>. Es el "o padecer o morir" de Santas Teresa, es el camino recorrido por todos los santos.

**7.-** Los años posteriores, hasta su muerte en 1.613, dedicados a la consolidación de la reforma trinitaria, ponen de manifiesto hasta qué punto la cruz es el marchamo de su vocación-misión. Su fidelidad a Dios y a la Iglesia le acarrea críticas y vejaciones sin cuento. Llega a ser apaleado y encarcelado por los calzados; injuriado y traicionado por los propios hijos. Cuando en 1608 alguno de sus descalzos traman deshacer la reforma con una visita apostólica especial, la amargura cala hasta al fondo de su corazón, pero reacciona con un acto de filial abandono en las manos de Dios y un grande, heroico amor a sus hijos-enemigos: «Ea, Padre mío y Dios mío, ofrézcode de hoy en adelante con grandísimas veras amar a mis enemigos, y no cualesquiera, sino aquellos que de amigos, bienhechores y por quien me he desentrañado, se han vuelto enemigos»<sup>61</sup>.

---

<sup>53</sup> *Ibid.*, 16, 1.

<sup>54</sup> Cf. *Ibid.*, 12, 2.

<sup>55</sup> *Ibid.*, 10, 3.

<sup>56</sup> *Ibid.*, 43, 2.

<sup>57</sup> *Ibid.*, 24, 3.

<sup>58</sup> Cf. *Ibid.*, 24, 4.

<sup>59</sup> *Ibid.*, 20, 2.

<sup>60</sup> *Ibid.*, 24, 4.

<sup>61</sup> *Diálogos entre Dios y un alma afligida*, diál. I, 22, 2

8.- Sólo asociado con todo su ser a Cristo Redentor, no pudo hacer tanto y tan desinteresadamente por los hombre. Nos enseña, entre otras cosas, que la perfección cristiana consiste en la configuración personal con Cristo paciente (Cf. Rm.8,13; 1Cor.9, 27; Gal.3, 27). «Ven a mí –pone en boca de Jesús– por el camino que yo fui a ti. Por humildad vine, ven tú por ese propio camino. Ven por obediencia, cruz y trabajos. Ven por mis pasos seguidos, que ellos darán contigo en mí»<sup>62</sup>.

«Habiendo Tú, Señor, cercado esta sagrada Religión con tales favores, donde quiera que pongamos los ojos hallaremos nuevas obligaciones para te amar y reconocer por dueño suyo y procuraremos trabajar como criados de tan buen Señor, que nos trae a su viña no para estar holgando, pues en su casa todos han de ser obreros. Y, estando en esta Religión no sólo los beneficios que de tu benditísima mano nacen y corren, sino el Dador de ellos, como fuente y manantial de donde tiene su origen, habrá más ocasión de andar, Señor, empapados en Ti y amasados, pegados y juntos con el mismo Dios, pues en todas las obras y cosas que hacemos, en ellas te hallamos y en nosotros propios te conocemos, de suerte que, viéndote a ti en mí, pueda decir lo que el Santo Rey David: que tu ciencia es maravillosa en mí [...]. ¡Oh, Señor!, y si en esta sagrada Religión viese yo que ni un punto no te apartas de ella, sino que, demás de las cercas que le has echado de beneficios, tú estuvieses siempre presente y unido y pegado con los religiosos de ella, qué grandes esperanzas podría yo tener de sus felicísimos sucesos y de sus copiosas cosechas! ¡Oh, qué humildad, qué caridad, qué conocimiento, qué desprecio de todo lo de acá!»<sup>63</sup>.

-----  
- III -

## **FIESTA DE N.P.S.JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION**

### **CRISTO NOS HACE PARTICIPES DE SU "ALEGRIA CUMPLIDA"**

1.- Los textos litúrgicos de este día ponen el acento en tres elementos básicos que configuran la vida cristiana y, por nuevo título, la vocación trinitaria: la relación de pertenencia y consagración al Padre en Cristo por la acción del Espíritu Santo; la unidad de los creyentes en fuerza del único Espíritu; y la exigencia de abnegación y cruz que todo ello comporta. Son también elementos destacados de la vida y del magisterio de nuestro Santo Reformador.

#### **Ef. 4, 1-7, 11-13**

La fidelidad a la vocación cristiana –recuerda el Apóstol Pablo– nos pide el esfuerzo constante por vivir en la unidad del amor, atentos a soslayar dos peligros que amenazan la comunión eclesial: la discordia entre los creyentes y el uso indebido de los diversos ministerios. Se trata de ser conscientes y defensores, no de una unidad superficial proyectada por los hombres, sino de "la unidad del Espíritu". Es la unidad comunal que crea y sustenta en nosotros "el único Espíritu", incorporándonos al "único Señor" y al "único Padre de todos". Además, nuestra inserción en el círculo vital de la Trinidad se ha realizado a través del "único bautismo" y se manifiesta en la profesión de la "única fe" y de la "única esperanza".

Jesús, en el evangelio de hoy (Jn. 17, 11) señala el compromiso de la unidad como postulado de nuestra incorporación a su persona, y la unión intratrinitaria como prototipo de esa misma unidad: el Padre nos ha elegido y entregado a Cristo para que experimentemos y

---

<sup>62</sup> Cf. *Exhortaciones a la perseverancia*, 42, 4.

<sup>63</sup> *La continua presencia de Dios*, 6, 1-2.



testimoniemos en nuestra vida la comunión de las Personas Divinas. Se habla por tanto de una unidad dinámica, que se realiza en la docilidad al Espíritu y mediante la colaboración de todos los miembros de la Iglesia. San Pablo ha querido especificar estas exigencias ineludibles de nuestra común vocación, subrayando el empeño de todos en:

–entretejer unas relaciones fraternas impregnadas de humildad, sencillez, comprensión, paciencia y, sobre todo y en todo, amor;

–poner al servicio de los demás y de la edificación de la comunidad los dones recibidos de Cristo.

La conciencia de estar hermanados por la "unidad del Espíritu" tiene que traducirse necesariamente en una exuberante floración comunitaria de los "frutos del Espíritu: amor, alegría, paz, comprensión, servicialidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí" (Gál.5, 22-23a).

### **Jn. 17, 11b-19.**

Jesús suplica al Padre que nos conserve esa unidad, que constituye su anhelo y todo nuestro bien. Nos garantiza que, si vivimos en actitud de pertenencia exclusiva a su persona, nos libraré de la perdición y nos hará experimentar su "alegría cumplida". En Cristo y por Cristo, hemos sido consagrados a Dios y enviados a evangelizar el mundo. Estamos, sí, en el mundo, pero no como hijos del mundo, sino como apóstoles de Cristo en perpetuo contraste con la mentalidad falsaria del mundo. Nuestra elección-consagración-misión implica, consiguientemente, negación radical del mal y ruptura con las apetencias mundanas.

Esa nuestra vocación –precisa Jesús en Mt.16, 24–, puesto que se encarna en su radical seguimiento, reclama inexorablemente la negación del propio "yo" y la asunción de la propia cruz.

2.- San Juan Bautista de la Concepción encarnó ejemplarmente el mensaje bíblico que acabamos de esbozar. Se dejó modelar por el Espíritu a la medida de Cristo crucificado, alcanzando así la más alta intimidad con el Señor en una «gracia y amistad, unidad y conformidad, un ser, un querer, un amor, una liga, una traba con un abrazo amoroso, un él para mí y yo para él»<sup>64</sup>. En su labor reformadora se consideró un simple e indigno instrumento de Dios Trinidad, único artífice, protector y padre de la renovación de la Orden. En contra de sus inclinaciones naturales, fue "forzado" por Dios a recorrer en pura fe una senda humanamente impracticable.

Hizo de su existencia un acto de inmolación en aras de la voluntad y la gloria de Dios. «Bien sabe aquel Dios y Señor poderoso que todo lo ve –confiesa a los diez años de haber emprendido la Reforma– que jamás he pretendido por malicia errar en punto ni letra, y que si alguna vez, por mi natural encontrado, me he inclinado a alguna cosa no tan justa, mi deseo siempre ha sido hacer la voluntad de Dios y que Su Majestad sea glorificado eternamente»<sup>65</sup>.

La sumisión al Papa y la comunión con la Iglesia fueron dos pilares irremovibles de su edificio existencial. En sus escritos intercala protestaciones como éstas: «En cualquier cosa que errare, desdigo una y mil veces, porque me tengo y soy hijo de la Iglesia, teniendo y creyendo todo lo que tiene cualquier fiel cristiano»<sup>66</sup>. «Digo una y millares de veces lo sujeto a nuestra santa Madre Iglesia y, ligado de pies y manos, me rindo a lo que enseña»<sup>67</sup>.

---

<sup>64</sup> *La llaga de amor*, 4, 6.

<sup>65</sup> *Para los prelados*, 18, 2.

<sup>66</sup> *La llaga de amor*, 8.

<sup>67</sup> *Apuntes sueltos en torno a la Reforma*, introducción.

Su misión consistió en potenciar la "unidad del Espíritu" dentro de la Orden, partiendo de la fidelidad a la Regla primitiva. En este sentido, luchó por establecer comunidades verdaderamente fraternales, animadas por el espíritu evangélico de caridad, pobreza compartida, humildad, servicialidad, igualdad, todas notas que él veía plasmadas en nuestra Regla, «tan conforme a la perfección evangélica»<sup>68</sup>. Ni que decir tiene que, por su parte, fue paciente, comprensivo, misericordioso, amante del diálogo, conciliador siempre, él que declara: «Aunque sea acerca de la cosa más santa que quisieren, aborrezco la discordia en una religión [=Orden]»<sup>69</sup>. . . Se esforzó por sanar las divergencias con los trinitarios calzados, que «se deben holgar les seamos hermanos»<sup>70</sup>. Son frecuentes sus exhortaciones a que nos tratemos como hermanos, nos sirvamos mutuamente con alegría y sencillez, nos amemos siempre por encima de las diferencias de opinión. La comunión en y con la Trinidad nos lo demanda con fuerza. Aunque en Dios hay tres Personas, sólo hay «un poder, una misericordia, un amor, un querer, una voluntad. [...]. En una comunidad no quiere Dios más que un espíritu, un alma, un gobierno y un ser»<sup>71</sup>.

Nos permite entrever sus sentimientos más nobles cuando confiesa: «Deseo ser como la araña, que hace las redes con que cazar de lo que hila y teje de sus propias entrañas, y se sustenta y tiene vida a costa de su propia vida. ¡Ojalá, Dios mío, tú me dieras unas entrañas tan derretidas, tan amorosas, tan deshechas por el bien de mis hermanos, que cazara yo mucho para Dios y que fuera de a cuenta de mi propia vida y que mil veces me deshiciera yo para hacer a los hermanos»<sup>72</sup>. No obstante mis faltas –declara también– «una cosa no se me puede encubrir, que es el entrañable amor que tengo a los hermanos, para quien esto se escribe. [...]. Ningún hermano de los que ahora viven me podrá negar el haber tenido un grandísimo deseo de acertar en lo que he hecho, hablado y escrito»<sup>73</sup>.

Con la misma sinceridad asumió la cruz y el sacrificio, cual postulado irrenunciable del seguimiento de Cristo, del servicio a los hermanos y de la fidelidad a la Regla. «En estos once años –escribe en 1609– no me ha sido posible tener un rato de reposo en la comida, bebida, ni en el sueño, ni en otra cosa alguna donde el cuerpo pudiera traer o tener algún alivio»<sup>74</sup>. «¡Oh buen Dios de mi alma, no me apartes de ti ni de tu cruz, que la quiero y estimo y da más gusto que los tesoros del mundo!»<sup>75</sup>.

**3.-** En la primera oración 'colecta' de la misa de hoy pedimos al Señor, por la intercesión de nuestro Santo, que nos conceda "vivir siempre según el Evangelio".

La Palabra de Dios proclama y el testimonio del Santo Reformador nos invitan a vivir consciente y gozosamente nuestro ser trinitarios, que nos entronca de modo especial con la vida de las tres divinas Personas, asociándonos a su plan de salvación en calidad de testigos-apóstoles mediante el ejemplo de la fraternidad y la entrega a los pobres.

Quizá necesitemos recuperar la "alegría cumplida" que debe acompañar a nuestra consagración-misión peculiar. Al «nuevo vínculo con Dios, Uno y Trino, en Jesucristo» instaurado en nosotros por la profesión religiosa (RD 7), se une la convicción de que Dios Trinidad nos ha vinculado aún más estrechamente a Sí, con lazos íntimos y visibles a la vez, por medio de una elección singular. Hemos de procurar por ello que «se afiance en cada uno de nosotros la alegría de pertenecer exclusivamente a Dios, de ser una herencia particular del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (RD 8).

---

<sup>68</sup> *La regla de la Orden de la Santísima Trinidad*, 33, 5.

<sup>69</sup> *Para los preladados*, 9, 6.

<sup>70</sup> *Respuesta a seis dificultades sobre la Reforma*, 4, 11.

<sup>71</sup> *Pláticas a los religiosos*, 9.

<sup>72</sup> *La continua presencia de Dios*, 17, 1.

<sup>73</sup> *Cinco cuestiones sobre la Reforma*, en *Obras completas*, II, 1057-1058.

<sup>74</sup> *Ibid.*, en *Obras completas*, II, 878.

<sup>75</sup> *Memoria de los orígenes de la descalcez trinitaria*, 6, 7.

Tal conciencia trinitaria, hontanar de «toda nuestra vida espiritual y litúrgica, religiosa, comunitaria y apostólica» (CC 4), y tal alegría, que es participación del gozo de Cristo (Cr. Jn. 17, 13), se alimentan únicamente con el pan blanco de un amor indiviso al Señor. Un amor, que se expande y vigoriza en la apertura a la fraternidad. Un amor, que, por lo mismo, entraña la desafección a las cosas terrenas, la purificación interior y la cruz de la fidelidad.

«Dios mío bendito, ¿y dónde merecí yo ser así parecido a Ti, y que mis almuerzos y comidas sean tan parecidos a los que Tú tuviste en esa mesa de la cruz? Pues yo deseo ser pobre de veras, como tú, Señor mío, lo eres. Seamos una misma cosa: tú pobre y yo pobre; tú manso y humilde, y yo que te imite; tú paciente y sufrido, y yo callado. Si es gran cosa, Señor, muchos hermanos ser una misma cosa, ¡cuánto más será que tú y yo seamos un Cristo crucificado, porque, siendo como tú, Señor, humillado, seré contigo ensalzado!»<sup>76</sup> (VII, 219).

---

<sup>76</sup> *De los oficios más comunes de la religión de Descalzos de la Santísima Trinidad*, 48, 5.